

PREFACIO

Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra) es un libro multidimensional. Nos invita a conectarnos con el poder sensible y emotivo de la naturaleza a través de los poemas del autor y nos recuerda la maravilla visual de los seres que la habitan a través de sus pinturas. Durante muchos meses, el proceso creativo de este libro llevó de la mano a Jaime en un ir y venir entre la palabra y la imagen. La escritura de los poemas naturalmente detonó en Jaime el deseo, a veces tan fuerte, que se convertía en necesidad de pintar. Y a veces el juego de pintar planteaba en él la necesidad de escribir. Este diálogo entre poemas y cuadros nos presenta la posibilidad de recordar, pensar y sentir a la naturaleza cada vez, otra vez, desde un nuevo lugar.

Es un placer para mí contarles sobre mi encuentro con las pinturas que habitan en este libro. Como todas las obras de arte, estas nos hablan de su autor. De sus experiencias de vida, de su contexto, de lo que le intriga, le llama y le interesa; así como también de sus preocupaciones, sus recuerdos y de su amor. Es en las formas distintas que cada artista construye en donde encontramos su voz.

Al observar las obras de Jaime me encontré con tres distintos estilos que, a veces, se mezclan unos con otros. Con clara intención realista, uno de estos estilos es lleno de detalles, hermosas texturas, correctas proporciones y búsqueda de la exactitud en el color; producto de su observación detenida y amorosa de las formas que retrata. Aquí descubrimos especialmente a seres que tienen un espacio singular en el corazón de Jaime: sus mascotas y su amado árbol de eucalipto (el Árbol Solitario, en el monte Casitagua), el cual existe en su recuerdo con tanta presencia, como si estuviera aún vivo.

Un segundo estilo, muy libre, vive en los barquitos de papel, las flores y las mariposas. Me da la sensación de que en estos momentos Jaime está más conectado con su propia experiencia emocional y sensorial que, a referencias reales. Este tono particular, de su voz como artista, me lleva a imaginar un espacio de juego, de exploración auténtica del material, en el que además del relieve del *collage*, aparecen el empaste y la pintura en su forma más simple y natural. En estas imágenes descubrí al Jaime niño y pude imaginar su caminar por el campo en el que creció, sus manos sintiendo el correr del agua, su mirada silenciosa y asombrada de los movimientos de su entorno. Estos pedazos de color y movimiento me ayudaron a sentir la generosidad de la pintura, como metáfora de la naturaleza bondadosa, que no juzga, que no pide ni que acapara. Solo nos recibe, tal y como somos. Agradezco a Jaime por mostrarme esos momentos de autenticidad.

El tercer carácter que encuentro en sus pinturas es uno más serio, triste, quizá. Con colores sutiles pude percibir cielos, corrientes de agua y fondos lejanos; en donde, manchas abstractas bailan, mezclándose entre ellas y nos llaman. Celestes, naranjas, lilas, rosas y amarillos nos piden que miremos más de cerca las formas que los habitan: flores, insectos, animales y plantas.

En las obras de Jaime encontré el siguiente recordatorio: todos transitamos los mismos lugares, estos nos invitan a reencontrarnos con nuestro planeta y los seres que la habitan desde un lugar de admiración, de amor y de ansias por su conservación.

Deborah Morillo

PRÓLOGO

El presente libro de Jaime Costales se titula *Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra)*, su nombre alude a una particular orientación ante la palabra; aquella que asimila la voz poética a la locución propia del mundo natural. La palabra «canto» presenta tres homógrafos. El primero, y más conocido, se refiere a la acción de emitir sonidos musicales por la boca, es un frecuentativo del latín *canere*, de ahí vienen palabras como «canción», «encantar» y «acento». El segundo viene de *cantus*, llanta de metal de una rueda. Parece que el latín la tomó del celta y por ello tenemos palabras como «cantil», sitio en forma de escalón, «acantilar» o «acantilado» y «decantar». El tercero se refiere a un pedazo de piedra sin labrar, en especial la redondeada por el paso de un río. De aquí proviene, por ejemplo, «calicanto».

Así, *Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra)* presenta un triple sentido al vocablo «canto», la producción musical propia, que celebra y, a su vez, imita al mundo natural; la construcción de un camino, unas gradas en particular, para el ascenso/descenso hacia la Ama Toa; y, por último, el efecto que produce en el lenguaje del poeta el rodar del cuerpo y la conciencia humana en el río del mundo natural y sus efluvios. A estos tres sentidos del canto se suman tres orientaciones distintas o formas de asumir el acto poético en sí: el gesto objetivo, que observa y captura minuciosamente la majestuosidad del mundo circundante (el gesto del naturalista); el constructivo, que elabora y produce una realidad verbal paralela a aquella de la realidad vivida (el gesto del analista); y, el subjetivo, que registra el efecto del mundo natural en la sensibilidad y el alma del poeta (el gesto del narrador). En todo esto resulta sumamente apropiado que Jaime Costales haya elegido la forma poética del canto, que no es sino una forma de división conveniente de la poesía larga,

para permitir que, por ejemplo, en el medioevo el juglar pueda pausar entre sus ejecuciones. Como tal entonces, no existe un formato, construcción o estilo específico para un canto y a su vez, este no se limita a ningún tipo de poesía.

Y, sin embargo, la elección de Jaime Costales, de optar por la cuarteta resulta apropiada. Los versos del libro aparecen en la forma de cuartetos, rendodillas o coplas octosílabas, (la distinción entre estas formas es menor) y con rima a veces alternada, a veces asonante, consonante, blanca o imperfecta. Digo que es una forma apropiada porque asume, en primer lugar, un registro lejano al del habla «culto». Los versos octosílabos capturan de manera idónea el habla cotidiana y su ordenamiento en cuartetos simula, precisamente, la presencia de escalones. Esos «escalones» así, permiten el ascenso —o el descenso—, dependiendo de la orientación espacial y cultural del lector, hacia el corazón del «cielo» cristiano, hacia el corazón de la Pachamama o, hacia los particulares objetos de la mirada poética de Jaime Costales. Estos son, en orden de aparición en el libro, textos y formas: terrenas, selenitas, solares, aladas, arbóreas, gatunas, lupinas, oceánidas, montañas, venteras, fluviales y mariposas.

Llama la atención en el listado su peculiaridad en términos de género. Todas son formas femeninas, que toman su naturaleza de la misma Ama Toa, o principio femenino de la creación. Esta transferencia de dominio, de lo femenino cósmico, en sus distintas manifestaciones, a lo terrenal femenino; también nos llega, a nivel de forma, acompañado de un corolario poético: la anadiplosis. Se trata de un recurso expresivo que repite, al final de un verso y al inicio del siguiente la misma palabra o *seme*, produciendo por continuidad un efecto de concatenación en la composición y el sentido. Aquí uno de múltiples ejemplos en el poemario:

(En *Terrenas*)

Amores que a cada paso
Aspiran a tu resguardo
Y en la pasión de tus bosques
Respiran oxígeno **claro**

Claridad de manos libres
Escultora de alevines
Pintora de estilo libre
Que inventas por donde **pasas**

Pasando tu amable huella
En los recuerdos de todos
Plantando tu humilde sello
En los genes de la historia

El mismo sentido de pertenencia y de unidad que contiene la totalidad del poemario —en el que cada manifestación de la realidad se encuentra en una relación de contacto invariable con cada otro aspecto— se presenta en la poesía de Jaime Costales a nivel de forma. Un verso y estrofa se coloca en relación directa con otro y otra y estos a la vez con todos los demás. El *canto* no deja de llamar al *canto*.



En busca de claves y evidencias para confirmar mi apreciación inicial de la lectura del poemario de Jaime Costales se me ocurrió copiar todo el poemario e insertarlo al interior de una «nube de palabras»; es decir, introducí todo el contenido del libro en un programa digital diseñado para generar una representación visual de la frecuencia de aparición de las palabras de un determinado discurso. El resultado es este:

«compresión» del texto divulga una anomalía en la lista: la reiteración múltiple del adjetivo posesivo «tus». Si examinamos el árbol de palabras de *Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra)* surgen varias posibilidades.

El poemario pregunta, más de lo que afirma, o presenta, bajo la sombra de sus diversas afirmaciones, la frescura de una pregunta.

El poemario se constituye como una celebración de la vida, en la forma del amor al mundo y el amor a las palabras.

El poemario enarbola (sostiene como bandera) tres palabras como grito de guerra: «que», «tus» y «vida». ¿Cómo agruparlas? Aquí van unas pocas propuestas: ¿qué son tus vidas? ¿Qué es tu vida? ¿Tus vidas y qué? ¿Tu vida y qué? O alternativamente, en la forma de declaraciones en el presente del indicativo: tus vidas que... Tu vida que...

Todas las variantes inteligibles de los tres términos interrogan, por medio de su ausencia, el ámbito de lo privado, el «yo» vertebrador de la experiencia contemporánea. En su lugar, se yergue la fuerza poderosa del *Otro*, mediante el adjetivo posesivo. La vida irrumpe como manifestación de aquello que ocurre por fuera de nuestra conciencia individual, como interrogante sobre nuestra importancia como personas aisladas del mundo natural y de sus infinitos «tus». Como declaración, la frase queda inconclusa, «tu vida que...» a la espera de una conciencia en condiciones de entender la necesidad de un predicado natural, un predicado inmerso en la naturaleza... y en los demás, los otros.



Pero más allá de las posibilidades interpretativas de la unidad del poemario de Jaime Costales se encuentran sus descubrimientos poéticos, el deleite de la forma, la musicalidad de

la frase, la armonía de la composición. En cuanto a la factura de los textos y su cercanía a la poesía histórica del Ecuador encuentro una cierta afinidad en los textos de Jaime Costales tanto con los *Cantares del pueblo ecuatoriano*, recogidos por Juan León Mera en el siglo XIX, como con la poesía minimalista y panteísta de Jorge Carrera Andrade.

Así se refiere, por ejemplo, el autor de *Microgramas*, (1940) al colibrí:

Colibrí

El colibrí
aguja tornasol,
pespuntos de luz rosa
da en el tallo temblón
con la hebra de azúcar
que saca de la flor.

Y así lo hace Jaime Costales:

Picaflor de fiel ternura
De sol y luna alumbrado
Lumbre de estructura viva
En mi entrecejo se ha anclado.

Esto dice Carrera Andrade sobre la alondra:

Himno de plumas, la alondra canta en lo más alto del cielo.
Levántate, alma, y suma tu cántico al de todos los seres.
Purifícate en el manantial del alba.

Esto, Jaime Costales:

Almitas en plumas libres
Contorsionistas del aire
Pompas de viento y plumas
Que flotan tan soberanas

Y secuestran los colores
En su abanico de alas
Y roban al sol temblores
Vestidos de migas doradas

Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra) constituye así un ejercicio poético diverso: en parte rezo al mundo natural, cada vez más distante, en parte plegaria al encuentro con el distinto y, en parte, abundante y lírico encuentro con la palabra. El poemario de Jaime Costales nos devuelve al inicio, al origen, de tres maneras diferentes y complementarias.

Alvaro Alemán

NOTA DEL AUTOR

Una ambición que brotó y crece desde mi infancia me condujo, primero hacia la escritura, y, muy posteriormente, hacia la pintura; pues intuía que era el triángulo amoroso ideal que anhelaba desde siempre plasmar: la danza entre estas dos pasiones y mi alma.

En ocasiones, los versos que escribí para *Cantos a la Ama Toa (Madre Tierra)*, e incluso versos de obras previas, me hicieron sentir la compulsión de convertirlos en cuadros: pedían apremiantemente ser pintados. Otras veces, de los cuadros se desprendían espontáneamente versos. Así, el poemario y el conjunto de pinturas están entramados al ritmo de los vaivenes de la parte más nuclear e íntegra de mi *psique*; a través de un diálogo intenso y alegórico entre cuadros y poemas. La pintura, pasión que había contenido bajo mil pretextos, brotó a borbotones mediante de la fisura brutal que trajo a mi familia el duelo en 2015 y 2016 y, junto a la poesía, fueron las pilastras en las que me aferré en medio de la tormenta, envuelto en el afecto de mis seres amados. Escribir y pintar me permitieron transmutar la desolación en una de las formas más rotundas de la esperanza activa: la belleza de la expresión que nace del núcleo del ser.

Estoy convencido de que el arte y la poesía pueden ayudarnos a despertar un profundo amor por la naturaleza y la vida misma, transformándonos en constructores de paz personal, ciudadana y social, y de convivencia respetuosa con la Madre Tierra, por medio de la creatividad y de la no-violencia. El mundo actual y el país, piden a gritos que encaremos exitosamente tan demandante tarea.

El título de este poemario pictórico es *Cantos a la Ama Toa*, es decir, cantos a la Madre Tierra, traduciendo al español

el idioma de los chachis, uno de nuestros pueblos primordiales. Propongo al lector que se sume al diálogo entre los colores y las palabras, y permita ser tocado por la mano protectora y generosa de la Madre Tierra; misma que solo pide que protejamos sabiamente la totalidad de lo viviente. Porque el universo está presente en el guijarro más pequeño, tanto como en las galaxias y en la gente.

Jaime Costales Peñaherrera

POEMAS

TERRENAS

Madre de Vida expandida
En tu redonda estructura
Floreces en cada especie
Y en toda vida pervives

Nos guareces en tus ríos
En tus montes nos amasas
Nos arrullas en cascadas
Y en tus volcanes nos cantas

Cantas tus coros feraces
En tus playas de arena viva
Reincides en tus arrullos
Y en el viento siempre hablas

Los acordes de tus ríos
Sinfonizan la existencia
Y en tu dulce melodía
Nos bautizan de recuerdos

Madre redonda de almácigos
Nos acunas tiempo a tiempo
Velas por todos los seres
Que acoderan en tu seno

Sin descanso nos provees
De luz y de sementeras
De líquidos tornasolados
Que aseguran la existencia

TERRENAS II

Abrazo de sol, luna y tierra



Acrílico con espátula
15 x 20 cm